

BRIAN W. ALDISS

ENTORNO TOTAL

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

I

—¿Qué es ese poema acerca de «cavernas inconmensurables para el hombre»? — preguntó Thomas Dixit.

El eco de su voz se perdió entre las cavernas, y la pregunta quedó sin respuesta. Peter Crawley, que caminaba un par de metros detrás de él, no dijo nada, perdido en sus propios ensueños.

Hacía más de un año que Dixit había sido encarcelado aquí. Y había aprovechado su tiempo libre en la zona de reajuste para venir a echar una última mirada a estos lugares antes que todo quedara definitivamente demolido. En aquellas grandes construcciones de hormigón se movían aún muchos hombres —en su mayor parte técnicos indios—, acarreando instrumentos. Los cables se arrastraban por todas partes; pero la desolación era principalmente un efecto de la constante abrasión que todas las superficies habían soportado. La gente había fluido aquí como el agua en una caverna subterránea; y su vida corporativa había fluido de un modo similar, oculta, olvidada.

Dixit estaba profundamente conmovido al pensar en toda aquella vida. Era de los pocos hombres que habían sobrevivido a ella.

Antiguos rencores se despertaron en él y se volvió para hablarle directamente a su compañero.

—¡Qué monumento al sufrimiento humano! Tendrían que dejarlo todo en pie, como recuerdo imperecedero de lo que ocurrió.

El hombre blanco dijo:

—El Gobierno de Delhi se niega a tomar en cuenta esa sugerencia. Comprendo su punto de vista, pero también me doy cuenta que esto sería una gran atracción turística.

—¡Atracción turística! ¿Es eso todo lo que significa para ti?

Crawley se echó a reír.

—Como siempre, eres demasiado impulsivo, Thomas. Yo tomo todo este asunto mucho menos a la ligera de lo que supones. Pero ocurre que el turismo me atrae más que el sufrimiento humano.

Caminaban uno al lado de otro. Nunca habían conseguido ponerse de acuerdo.

Las destartaladas fachadas de los inmuebles —ahora vacíos, otrora atestados de gente— se erguían a ambos lados, con las puertas abiertas como bocas de ancianos dormidos. Los espacios parecían enormes; las sombras y los ecos que pertenecían a aquellos espacios parecían prolongarse indefinidamente. Pero, antes..., apenas había existido espacio para respirar.

—Recuerdo lo que dijo tu camarada, el senador Byrnes —observó Crawley—. Puso de relieve las enseñanzas que el Este y el Oeste habían extraído de este experimento. Desde luego, los sociólogos trabajan todavía a base de sus hallazgos; y han elaborado ya algunas fórmulas sorprendentes para los grupos sociales. Pero la gente que vivió y murió aquí aspiraba al control de lo ultrapequeño, y en ese terreno es donde se han producido los mayores progresos. Habían aprendido ya a desarrollar energía de su propia materia genética. Otra generación, y podrían haber producido lo definitivo en el control automático de la población humana: anoestrus, en los cuales la excesiva proximidad de otros miembros de la especie conduce a la reabsorción de la materia

embriónica en la hembra. Nuestros hombres de ciencia podrían haberles ayudado, y los especialistas en genética predijeron que dentro de diez años...

—Sí, sí, de acuerdo. El progreso es maravilloso. —Dixit sabía que se estaba mostrando descortés. Aquellas cosas eran importantes, de importancia revolucionaria para una Tierra atestada. Pero él hubiese preferido pasear solo por aquellos parajes.

Indudablemente, también la India había aprendido, tal como acababa de afirmar Peter Crawley. Ya que el hinduismo había sido sometido a prueba aquí, y había demostrado sus terribles fuerzas y debilidades. En aquellos laberintos, la gente no había claudicado en unas condiciones mortales..., ni había pensado en zafarse de su destino. *Dharma* —el deber— había sido más fuerte que la humanidad. Y esta revelación estaba cambiando ya la mentalidad y el destino de una sexta parte de la especie humana.

—El progreso es maravilloso —repitió Dixit—. Pero lo que se produjo aquí fue esencialmente una experiencia religiosa.

—Apuesto a que no opinabas así cuando te enviamos aquí, hace un año —replicó Crawley.

¿Qué había sentido entonces? Dixit se detuvo y alzó la mirada hacia la lobreguez de las escaleras. Lo único que acudió a él fue el recuerdo de aquella espantosa corriente de vida y de la gente que había formado parte de ella, cuyos breves años se habían evaporado en aquellas cavernas, cuyos pies habían hollado interminablemente aquellas madrigueras...

II

Los peldaños de hormigón ascendían en la oscuridad. Los peldaños eran amplios, e incontables niños se sentaban en ellos, quietamente, apoyándose unos en otros. A aquella hora la actividad era mínima, e incluso los niños más pequeños apagaban sus gritos por unos instantes. Sin embargo, no había silencio en los peldaños; el silencio no era nunca completo allí. Siempre, en último plano, el ruido de voces. Voces y más voces. Nunca silencio.

Shamim era mayor, de modo que prefería hacer sus mandados a esta hora del día, cuando las multitudes que se apretujaban en el Entorno Total eran menos espesas. Se detuvo junto a un vendedor ambulante al pie de la escalera, curioseando la mercancía. El buhonero la conocía, sabía que era demasiado pobre para comprar algo, y ni siquiera la apremiaba para que se marchara. Malti, la hija mayor de Shamim, esperaba a su madre en los primeros peldaños.

Malti y su madre eran vigiladas desde lo alto de la escalera.

Una luz ardía en lo alto de la escalera. Había ardido allí durante veinticinco años. Pero recientemente la habían cubierto casi enteramente de barro, oscureciendo así el rellano. Un hombre furtivo llamado Narayan Farhad vigilaba allí, agachado, una sombra entre las sombras.

Un mes antes, Shamim se había sometido a una operación ilegal en uno de los pequeños aposentos del Gran Mirador, sobre su alojamiento. Los efectos de la operación estaban aún con ella; debajo de su *sari* de algodón, su delgado y moreno cuerpo estaba abombado.

Malti era su segunda hija mayor, una dócil muchacha que no había sido concebida cuando se inició el experimento del Entorno Total. Pero incluso la docilidad tiene sus límites. Viendo que su madre se demoraba más de la cuenta, Malti murmuró impacientemente y pasó delante, subiendo los peldaños, ansiosa por llegar a casa.

Extractos del informe de Thomas Dixit al senador Jacob Byrnes, en América:

Para dotar de variedad al habitat, el Entorno ha sido dividido en diez bloques, cada uno de ellos con una altura de cinco pisos, lo cual permite un ocasional espacio abierto, del tamaño de un bolsillo. La arquitectura difiere ligeramente en cada bloque. En uno de ellos se presenta una especie de aldea hindú; en otro, las casas son espaciosas y parecen estar separadas, aunque emparedadas entre bloques: no necesito añadir que ahora están irremediablemente atestadas. En la mayoría de los bloques, el espacio asequible está lleno de pisos. A pesar de esta tentativa de diversificación, un expurgo general de los estilos arquitectónicos orientales y occidentales, y el hecho que todo ha sido construido de hormigón o de un parastireno para ahorrar dinero, ha conducido a una horrible uniformidad. No puedo imaginar nada más hostil a los valores espirituales de la vida.

La sombra oculta entre las sombras se movió. Miró ansiosamente hacia la luz, la cual albergaba también un ojo-espía; se produciría una señal de alarma, y los *sprays* no tardarían en eliminar el barro con que había ensuciado la instalación; pero, de momento, podía actuar sin ser observado.

Narayan mostró sus viejos dientes mientras Malti subía los peldaños hacia él, maniobrando para eludir a los chiquillos. Era demasiado vieja para que en el mercado de esclavos pagaran un precio realmente bueno por ella, pero todavía era fuerte; no le resultaría difícil desprenderse de ella inmediatamente. Desde luego, Narayan conocía su historia, a pesar que vivía en un bloque distinto del suyo. ¡Malti! Pronunció su nombre en el último segundo, mientras saltaba sobre ella. A pesar de su vejez, Narayan era ágil. Rodeó el cuerpo de Malti con sus brazos, la levantó en vilo y echó a correr aprisa, asustado, pegando una mano a la boca de la muchacha para silenciar sus gritos de terror. ¡Un viejo listo, Narayan!

Las escaleras ascienden hasta lo alto de las cuatro esquinas del Entorno Total, enlazando un bloque con otro. Ahora son simplemente hormigón y metal, dado que los forros de plástico han sido arrancados de ellas desde hace mucho tiempo.

Aquellas escaleras son los puntos débiles de los pequeños imperios, transitorios y brutales, que se forman en cada bloque. Siempre están vigiladas, aunque los guardianes pueden ser sobornados. A veces, las pandillas o «asociaciones» toman posesión de una escalera, mediante un acuerdo o por la fuerza.

Shamim gritó, respondiendo a los chillidos de su hija. Empezó a trepar la escalera lo más rápidamente posible, tropezando con los pies de los niños, sacando una daga de debajo de su *sari*. Era una daga de plástico, modelada de una pieza del Entorno.

Mientras subía llamaba a Malti y pedía ayuda. Cuando llegó al rellano se encontraba en el piso superior de su bloque, el Noveno, donde ella vivía. Allí había mucha gente, de pie, sentada en cuclillas, paseando. Apartaron la mirada de Shamim, haciéndose los ciegos. También Shamim había obrado de un modo similar cuando otros estaban en apuros.

Respirando agitadamente, se detuvo y levantó la mirada hacia el techo del bloque, teñido de azul para simular el cielo, lleno de grietas que discurrían de un modo irregular a través de él. Los peldaños continuaban ascendiendo allí, hasta el tejado del Bloque. Shamim vio piernas, plantas de pies amarillos que desaparecían, rostros mirándola desde arriba, hostiles. Mientras bajaba corriendo la escalera, los que la contemplaban desde arriba empezaron a tirarle cosas. Un objeto puntiagudo se estrelló contra su mejilla y le produjo un corte. Con la cara llena de sangre, empezó a gemir. Luego echó a correr entre la multitud hacia su alojamiento.

He pasado un mes examinando los microarchivos. A veces, un bloque entero queda unificado bajo un fuerte caudillo. En el Bloque Noveno, por ejemplo, se alcanzó la unificación bajo un hombre llamado Ullhas. Era un hombre fuerte, y un gran histrión. Eso ocurrió hace tiempo, cuando las condiciones no eran tan desesperadas como ahora. Las cosas han cambiado, y a medida que el Entorno se descompone los caudillos se han hecho más déspotas.

Las dinámicas de la unidad son tales que para un bloque siempre resulta insuficiente permanecer simplemente unificado; los jóvenes necesitan siempre proyectar sus agresiones al exterior. De modo que el caudillo de un bloque siempre trata de tiranizar al bloque de encima o al de debajo, el que parece ser más débil. Es una situación lamentable. Por regla general, en medio de una incursión se produce una contraincursión de otros bloques.

Veo muy difícil interrumpir esta continua degradación de la vida humana.

Como de costumbre, el alojamiento estaba atestado. Aunque no se encontraba allí ninguno de los hijos de Shamim, estaban los nietos —incluida la nieta coja, Shirin— y seis biznietos, ninguno de los cuales tenía más de tres años. El tercer marido de Shamim, Gita, se hallaba ausente. Al llegar allí, Shamim estalló en llanto, mientras Shirin la consolaba y trataba de mantener alejados a los pequeños.

—Gita ha ido a buscar la comida. Voy a avisarle —dijo Shirin.

Cuando el IIDUE —Instituto de Investigación de la Densidad Ultra-Elevada— empezó a funcionar, hace veinticinco años, todas las parejas escogidas para vivir en el Entorno Total debían tener menos de veinte años. Antes de ser internadas, eran vacunadas contra todas las enfermedades. Entonces había mucho espacio para cada una de las parejas; disponían de pisos enteros y de los mejores alimentos; y ningún

control de la natalidad. Este ha sido siempre el eje principal del experimento del IIDUE. Ahora, aquella primera generación ha envejecido profundamente. Son personas viejas a los cuarenta y cinco años. Todo su ciclo vital ha sido rápido: pubertad temprana, senectud precoz. Las generaciones segunda y tercera han demostrado una notable capacidad de adaptación; una cuarta generación empieza ya a hacer pinitos, y se estará reproduciendo antes que sus edades alcancen las dos cifras, caso de continuar la actual tendencia. Y se permite que continúe.

Gita era más joven que Shamim, un hombre bajo y delgado que sabía desenvolverse. No era un héroe, pero poseía cierto estilo. Su objeto-vital colgaba osadamente de una cadena alrededor de su cuello, en vez de permanecer oculto, como la mayoría de los objetos-vitales de la gente. Estaba en la cola de la comida, charlando con unos amigos. Gita sabía entablar alianzas. Con un grupo de amigos había formado una pequeña asociación destinada a garantizar que la comida llegara sin tropiezo a sus hogares. De modo que no solían encontrar dificultades en los atestados pasillos del Bloque Noveno.

En aquel momento, el equilibrio de poder en el bloque era muy complejo. Como resultado de ello, reinaba una paz aceptable, que podía prolongarse por espacio de varias semanas si el hombre fuerte del Bloque Superior no intervenía.

En las paredes de cada piso de cada uno de los bloques hay unas ventanillas protegidas por una reja para la entrega de alimentos. Antes de cada entrega suenan dos golpes de gong. Después del segundo, las ventanillas se abren y aparecen humeantes platos. Colinas de arroz, aliñado con carne y especias. Todos los hombres se adelantan con sus recipientes. Por regla general hay allí sacerdotes para bendecir la comida.

Unos grandes montacargas rugen arriba y abajo en el corazón de la inmensa torre, transportando raciones a todos los pisos. En los primeros años se suministraba también alcohol. Se interrumpió el suministro cuando provocó disturbios; lo cual no equivale a decir que no se consuma en el Entorno. La ración de alimentos del IIDUE ha sido generosa desde el primer momento y se ha mantenido al mismo nivel por cabeza, aunque, como usted sabe, los alimentos son ahora sintéticos en un noventa por ciento. Nadie se hubiese muerto de hambre, si los alimentos se hubieran repartido equitativamente en el interior de la torre. En algunos de los bloques, algunas veces, es compartido aún con equidad.

Uno de los hijos de Gita, Jamsu, había visto al raptor Narayan subiendo al Bloque Superior con Malti forcejeando. Con los ojos brillantes de excitación, se acercó a la cola donde se encontraba Gita y agarró el brazo de su padre. Jamsu tenía algo de su padre en él; se refugiaba siempre en la seguridad del número, y no hacía lo que sus hermanos y hermanas: querer vivir por su cuenta, casándose y luchando por un cuarto o un espacio de su propiedad.

Le estaba contando a su padre lo que había ocurrido cuando se presentó Shirin con la noticia.

Asintiendo con aire grave, Gita dijo:

—Quédate con nosotros, Shirin, mientras recojo la comida.

Vació su ración en el recipiente familiar. Jamsu tomó un puñado de arroz.

—Ha sido un viejo asqueroso del Bloque Superior llamado Narayan Farhad —dijo Jamsu, con la boca llena—. Es uno de los granujas que están pegados a los faldones de...

Dejó que su voz se apagara.

—¡Y no acudiste en socorro de Malti! ¿No te da vergüenza? —dijo Shirin.

—Podían haberle matado —dijo Gita, mientras avanzaban a través de la multitud en dirección a su alojamiento.

—En el Bloque Superior se están haciendo muy fuertes —dijo Jamsu—. Me he enterado de todo. No debemos provocarlos, o nos atacarán. Dicen que se está formando un ejército regular...

Shirin le interrumpió, en tono impaciente.

—¡Eres un niño! Adelante, di de quién se trata... El nombre que no te atreves a mencionar es el de Prahlad Patel, ¿no es cierto? ¿Acaso es un dios o algo por el estilo? Le tienes miedo incluso desde tan lejos, ¿verdad?

—No te metas con el chico —dijo Gita. Mantener la paz en su amplia y heterogénea familia era una gran responsabilidad, casi superior a sus fuerzas. Cuando llegaron al alojamiento familiar, se dirigió en seguida a Jamsu y a Shirin en voz baja:

—Malti era una de las hijas favoritas de Shamim, y ahora la ha perdido. Nos vengaremos de ese Narayan Farhad. Esta noche, Jamsu, tú y yo iremos a ver al sacerdote Vazifdar. Siempre nos ha arreglado los asuntos, y tal vez el gran Patel reciba una advertencia.

Inclinó una mirada pensativa hacia su objeto-vital. «Esta noche —se dijo a sí mismo— tendré que aventurarme solo y arriesgar mi vida por el bien de Shamim.»

La asociación de Prahlad Patel ha prosperado hasta el punto que actualmente domina todo el Bloque Superior. Su nombre es conocido y temido, creemos, en tres o cuatro bloques. Es el más fuerte —y en algunos aspectos el más moderado, por raro que parezca— de los caudillos del Entorno Total en estos momentos.

Aunque puede ser brutal, Patel parece inclinarse por la paz. Desde luego, no revela nada y puede tener planes que mantiene en secreto. Pero nosotros creemos que su interés radica en algo que no es la conquista. Tiene sólo diecinueve años, pero sus cabellos son ya grises, y se dice que su aspecto hiela la sangre y reduce al silencio a sus seguidores. Le he estado observando muchas horas desde que acepté encargarme de esta tarea.

Patel tiene una gran ventaja en el Entorno Total. Vive en el Bloque Décimo, en lo alto del edificio. En consecuencia, sólo puede ser invadido desde abajo, y el Bloque Noveno no representa en este momento ninguna amenaza, ya que está orientado e influido por el grupo de sacerdotes, de los cuales el más ilustre es un tal Vazifdar.

Las escaleras entre los bloques son siempre puntos de fricción. Ningún caudillo tuvo nunca el poder suficiente para resistir un ataque desde arriba y desde abajo. Las es-

caleras son utilizadas también por alborotadores individuales, ladrones, fugitivos políticos, prostitutas, esclavos escapados, rehenes... Los guardianes pueden ser sobornados, o favorecer sus relaciones multitudinarias, o unirse al enemigo por uno u otro motivo. Patel, al encontrarse en el Bloque Superior, tiene sólo cuatro puntos débiles que vigilar, en vez de ocho.

Vazifdar era asombrosamente sagrado y asombrosamente influyente. Se susurraba que su objeto-vital era el más complicado de todo el Entorno, pero no había nadie que pudiera presumir de haber puesto los ojos sobre él. Debido a su reputación, muchos de los residentes del bloque de Gita —sí, y desde más lejos— solicitaban la ayuda de Vazifdar. Una corriente de hombres y mujeres circulaba siempre a través de su alojamiento, incluso cuando se encerraba para meditar a solas, muy lejos de este mundo.

El sacerdote tenía un piso con un balcón que se abría a la parte central del bloque. Muchos parientes y discípulos vivían allí con él, de modo que las habitaciones habían sido cuidadosamente separadas por medio de biombos. Todo el día, los discípulos más jóvenes parlotaban como pájaros en el balcón, discutiendo entre sí mismos la inmensa sabiduría de las sentencias de Vazifdar.

Todos los discípulos, todos los parientes, amaban a Vazifdar. Habían existido parientes que no amaban a Vazifdar, pero todos ellos habían fallecido mientras dormían. El propio Gita era un pariente lejano de Vazifdar, y llegó a la presencia del sacerdote con presentes de agua potable y un gran retal de tela sintética, suficiente para confeccionar una túnica.

Las cejas y las mejillas de Vazifdar estaban pintadas de blanco como distintivo de su elevada casta. Aceptó los presentes de Gita graciosamente, sonriendo de tal modo que Gita —y, detrás de él, Jamsu— cobró ánimos.

Vazifdar tenía trece años, de acuerdo con la medición exterior. Estaba muy gordo, de comer mucho y moverse poco. Su moreno cuerpo resplandecía de aceites; cada mañana, unas jóvenes le masajearan y manipulaban.

Habló con voz muy suave, hasta el punto que apenas podía ser oído en medio del ruido que reinaba en la habitación.

—Siento mucho la desgracia que se ha abatido sobre tu hija adoptiva Malti —dijo—. Era una buena mujer, aunque estéril.

—Fue violada a una edad muy temprana, y destrozaron su matriz, querido Vazifdar. Ya sabes lo que pasó. Sus padres temieron por su vida. Y nunca logró reponerse del todo. El mal ensombreció su vida. Y, ahora, esta segunda desgracia.

—Intuyo que el papel de Malti en el mundo consistía simplemente en hacerle compañía a su madre. No todos los que visitan el bazar pueden permitirse una compra.

Hay bazares en cada piso, apiñados bajo los pasillos y balcones, y uno principal en cada bloque. La gente escoge tales lugares para reunirse y charlar, aunque no tengan que comprar nada. Como todo lo demás, los bazares están atestados y acuden a ellos incluso los niños de más corta edad, a la espalda de sus hermanos cuando aún no han aprendido a caminar.

Los bazares son grandes centros de escándalo. Aquí están también nuestras mayores pantallas. Brillan detrás de las verjas de seguridad, transmitiendo especialmente programas del exterior; nuestro mundo exterior que parece tener muy poco de real visto a través de las pantallas.

Humildemente, Gita se arrodilló y dijo:

—Si puedes devolver a Malti a su madre Shamim, tendrás toda nuestra gratitud, querido Vazifdar. Malti es demasiado vieja para el lecho de un hombre, y en el Bloque Superior la esperan toda clase de humillaciones.

Vazifdar sacudió la cabeza con gran dignidad.

—Ya sabes que no puedo devolverte a Malti, pariente mío. Mientras tengamos esclavitud, tendremos que soportar que alguno de nuestros seres queridos sea esclavizado. Debes cultivar una actitud mística y resignada ante la vida, y procurar que Shamim haga lo mismo.

—Shamim es más mística que yo en todos los sentidos. Nunca pide nada. No hace más que trabajar, trabajar, y rezar. Por eso merece algo mejor que esta miseria.

Asintiendo en aprobación de la conducta de Shamim, Vazifdar dijo:

—Eso está muy bien. Sé que Shamim es una buena mujer. En el futuro hay otros acontecimientos que pueden recompensarle por esta desgracia de ahora.

Jamsu, que había conseguido mantenerse callado detrás de su padre hasta entonces, estalló súbitamente:

—Tío Vazifdar, ¿no puedes castigar a Narayan Farhad por su pecado al raptar a Malti? ¿Tiene que permitírsele escapar al bloque de Patel, para vivir allí con Malti y disfrutar?

—¡Sssh, hijo!

Gita miró de reojo a Vazifdar para comprobar si el exabrupto de Jamsu le había enojado; pero Vazifdar sonreía amablemente.

—Tienes que saber, Jamsu, que todos nosotros somos criaturas del Señor Siva y carecemos de poder. ¡No, no protestes! Yo también estoy indefenso en Sus manos. Poseer una habitación no es poseer toda la casa. Pero...

Fue un largo y pesado *pero*. Cuando los espesos párpados de Vazifdar se cerraron sobre sus ojos, Gita tembló, ya que recordaba cómo, en anteriores ocasiones en que había visitado a su poderoso pariente, los párpados de Vazifdar habían descendido del mismo modo cuando se dignaba pensar en un problema, como si se aislara de todo el mundo externo con el poderío de su propia carne.

—Narayan Farhad se verá turbado por algo más que por su conciencia. —Mientras hablaba, aparecieron de nuevo las pupilas de sus ojos, violeta y negras. Miraban más allá de Gita, más allá de los límites de sus contornos inmediatos—. Esta noche se verá turbado por sueños malignos.

—¡Las visiones nocturnas! —exclamaron al unísono Gita y Jamsu, temerosos y excitados.

Vazifdar agitó su espléndida cabeza y miró a Gita, le miró rectamente a los ojos. Gita era un hombre insignificante; se vio a sí mismo como un hombre insignificante. Se encogió todavía más ante aquel irresistible escrutinio.

—Sí, las visiones nocturnas —dijo Vazifdar—. Ya sabes lo que eso significa. Tienes que subir al Bloque Superior y procurarte el objeto-vital de Narayan. Tráemelo, y te prometo que Narayan sufrirá esta noche las visiones. Aunque está enfermo, será curado.

III

Las mujeres no cesan de hablar mientras las colas de suplicantes desfilan ante los sacerdotes. ¡Maravillosa resignación la suya en aquella odiosa cárcel! Si se quejan de algo más que de las pequeñas circunstancias de sus vidas, si se quejan de la monstruosa maldad que se ha cebado en ellas, nunca he llegado a oírlo. Su charla es siempre inofensiva, la charla que alivia de ansiedades nerviosas, la charla que alivia de las presiones casi físicas sobre el cerebro. La charla de las mujeres ahoga prácticamente el ruido de sus hijos. Pero la mayor parte del tiempo se hace evidente que el Entorno Total consiste principalmente en niños. Por eso deseo ver terminado el experimento; los niños se adaptarían a nuestro mundo.

Los efectos de la población inciden principalmente en esta cuarta generación. Al margen de quién gobierne los bloques, el Entorno pertenece en realidad a los niños, a los incontables niños que ríen y lloran, que echan los dientes, que andan a gatas o se arrastran por el suelo. Y a sus madres, ya que en su mayor parte son mujeres que —a la misma edad y en otra región del globo—estarían aún virginalmente en la escuela.

Narayan Farhad se envolvió en una manta y se acurrucó en su rincón del atestado cuarto. Dado que era casi la hora de acostarse, tenía que ocupar su espacio alquilado antes que uno de los abominables Dasgupta se lo robara. Narayan odiaba a la familia Dasgupta, a sus aduladores hombres, a sus escandalosas mujeres, a sus turbulentos niños, los incontables niños que se arrastraban por doquier, los mayores con enfermedades nerviosas, que robaban, y corrían, y se mofaban de él. Era la peor familia del Bloque Superior, en opinión de Narayan; y sólo la toleraba porque él mismo se encontraba vil.

Todas sus empresas se saldaban con fracasos. Hacía menos de una hora, caminando entre la multitud, había perdido el objeto-vital que llevaba en un bolsillo. O se lo habían robado. Aunque no se atrevía siquiera a considerar esta última posibilidad.

También el asunto del rapto había terminado mal. La zorra que había atrapado por la mañana: Malti. Había intentado poseerla antes de venderla, pero se había puesto demasiado nervioso, con un par de jóvenes Dasgupta riéndose de él. Y no había obtenido por ella lo que esperaba. Patel había rebajado el precio, y Narayan no se atrevió a discutir. Tal vez tendría que abandonar este bloque y trasladarse a uno de los más caóticos. Los bloques centrales eran siempre más caóticos. El Sexto, por ejemplo, estaba ahora en plena ebullición, lo cual significaba que el Quinto sería un lugar provechoso, con hordas de refugiados para esquilmar.

... Y qué estupidez raptar a una muchacha tan vieja..., prácticamente una anciana.

Envuelto en su manta, Narayan notó unos sabores ácidos que quemaban su boca. Incluso si su mente reposara y le dejara dormir, los Dasgupta estaban aún demasiado despiertos para permitirle una verdadera relajación. El viejo Dasgupta, por ejemplo, era como una rata, sin el menor sentido de la decencia, cohabitando en público con sus propias hijas. Había muchos hombres como aquél en el Entorno Total, hombres que no pensaban en otra cosa. ¡Puercos asquerosos! ¡Perros afortunados! ¡Las hijas de Narayan le habían echado de su lado hacía muchos meses, cuando trató de violarlas!

Una y otra vez, su mente ahondaba en los motivos de queja que tenía. Pero permanecía inmóvil, salvo cuando alargaba un pie descalzo para alejar a los asquerosos chiquillos que se arrastraban hasta él, mirando la pantalla que parpadeaba en la pared detrás de su enrejado protector.

Le gustaban las pantallas, disfrutaba contemplando la locura del exterior. ¡Qué mundo aquél! ¡Tanto calor, y la necesidad de trabajar, y las complicaciones de la vida! La inmensidad del mundo... Narayan no podría soportarlo, no desearía encontrarse allí a ningún precio.

No entendía la mitad de lo que veía. Después de todo, había nacido aquí. Su padre podía haber nacido en el exterior, quienquiera que fuese su padre; pero hasta Narayan no había llegado ninguna leyenda del exterior: sólo las distorsiones en las habladorías generales, y los programas de las pantallas. Ahora que pensaba en ello, la gente no prestaba ya demasiada atención a las pantallas. Ni siquiera él.

Pero no podía dormir. Sus ojos legañosos contemplaron las imágenes de bueyes tirando de las sucias rejas de los arados que aparecían en la pantalla. Había intuido ya vagamente que el programa se refería a los cambios que el mundo había experimentado.

«... dieron paso a estas...», decía el comentarista, por encima del alboroto que armaban los Dasgupta.

Los niños vivían aquí como pájaros. Había varios catres en equilibrio más o menos inestable, uno encima del otro, adosados a las paredes, y en ellos se hacinaban los pequeños Dasgupta.

«... fábricas de alimentos automatizadas contra el peligro de infección...»

Yak-yak-yak. Los niños. En cierta ocasión los catres fueron colocados delante de la pantalla; pero a medianoche el inestable edificio se derrumbó, y tres de los niños resultaron heridos. ¡Ninguno de ellos murió, perra suerte!

Patel debió pagarle algo más por aquella muchacha. Las cosas iban de mal en peor. Hubo una época en que proyectaban películas pornográficas en las pantallas. Muy buenas, hasta el punto que incluso Narayan se excitaba con ellas. Claro que entonces era más joven. Ahora, las pantallas resultaban aburridas. Y la gente dejaba de mirarlas. Narayan acabó por dormirse en su rincón, envuelto en su mugrienta manta. Eventualmente, toda la habitación quedó sumida en el sueño.

Los documentales y otras películas proyectadas en el Entorno no son filmados ya especialmente por equipos del IIDUE para el consumo interno. Cuando la ONU rebajó sensiblemente su subsidio anual al IIDUE, hace ocho años, el estudio particular de televisión fue uno de los lujos que se suprimieron. Ahora se proyectan películas compradas a las cadenas más importantes. Se supone que con ellas los prisioneros del Entorno se mantienen en contacto con el mundo exterior, pero es evidente que se

trata de una suposición errónea. El grado de comprensión entre el interior y el exterior es cada vez menor por ambas partes. Tal como yo lo veo, el foso que separa a los dos entornos es cada vez más ancho, como si se alejaran uno de otro viajando en un continuo espacio-tiempo distinto. Me gustaría creer que las personas que están a cargo de esto —especialmente Crawley— no sólo perciben este hecho sino que comprenden que debe ser rectificado inmediatamente.

Shamim no podía dormir de pena.

Gita no podía dormir de aprensión.

Jamsu no podía dormir de excitación.

Vazifdar no dormía.

Vazifdar encerró su yo sagrado en una alacena, dejó caer sus párpados sobre sus ojos y empezó a construir, dentro de los vastos espacios de su mente, una pauta de pensamiento correspondiente a la matriz representada por el objeto-vital de Narayan Farhad. Cuando estuvo plenamente concebido, Vazifdar empezó suavemente a insertar un poco de malignidad en uno de los bordes de la pauta-mental...

Narayan dormía. Le despertó el silencio. Era la primera vez que un silencio absoluto se instalaba en el Entorno Total.

Al principio, pensó que disfrutaría de aquel absoluto silencio. Pero adquirió un peso y una substancia tales...

Envuelto en su manta, se incorporó. La habitación estaba vacía, la pantalla oscura. ¡Algo que nunca había ocurrido, que no podía ocurrir! ¡Y el silencio! ¡Algún terrible dios había forjado aquel silencio en la oscuridad y lo había arrojado después al mundo, rodando sobre todas las cosas! ¡El silencio poseía una cualidad resonante..., un gong! ¡No, no era un gong! ¡Sonido de pasos!

Era un sonido de pasos. ¡Oh, Siva, no permitas que sea un sonido de pasos!

El Entorno Total estaba vacío. Se había cumplido la leyenda que afirmaba que algún día el Entorno Total quedaría vacío. Todo el mundo se había marchado, excepto el pobre Narayan. Y los pasos se acercaban a visitarle en su indefendible rincón...

Estaba trepando a través de los sótanos de su existencia. Pronto asomaría a la superficie.

Temblando convulsivamente, Narayan se puso en pie, agarrando un extremo de la manta. No quería enfrentarse con la cosa. Pensó cómo podría soportarla mejor: si tenía el aspecto de un hombre, o si no tenía aspecto humano. Era la Muerte, desde luego. Pero, ¿qué aspecto tendría? Sólo la Muerte podía llegar de aquel modo...

Su indefensión... ¡No podía ocultarse en ningún lugar! Abrió la boca, no pudo gritar, agarró la manta, notó que se estaba orinando encima como si volviera a ser un niño. Rápidamente llegó la imagen: el niño de vientre abultado, enclenque, su madre negra de furor, con los grandes dientes rechinando mientras le abofeteaba con todas sus fuerzas, escupiendo... La imagen desapareció y Narayan se enfrentó con el gong, solo en la gran torre oscura. En el árido aire, vibraciones de su presencia.

Narayan estaba gritándole, pidiéndole que no viniera.

Pero llegó. Llegó con mayestática pereza, como los latidos de un fétido sopor, llegó a la puerta, empujando la oscuridad delante de sí. Era como un humano, pero demasiado enorme para ser humano.

Y llevaba la cara de Malti, aquella ingenua sonrisa con la cual había empezado a subir los peldaños. ¡No! ¡Imposible! ¡Imposible! Era un hombre, de cráneo resplandeciente, terrible y magnífico, avanzando, lleno de confianza en sí mismo. Narayan se cubrió el rostro con una mano y cayó hacia adelante.

Uno de los pequeños Dasgupta despertó por un instante, vio que la pantalla parpadeaba de un modo que tranquilizaba, aunque ininteligible para él, vio que Narayan temblaba bajo su manta, y volvió a quedarse dormido.

Por la mañana descubrieron que aquél había sido el último temblor de Narayan.

Sé que se supone que soy un observador desapasionado. Nada de emociones, nada de sentimientos. Pero el desapasionamiento científico es la actitud que ha provocado la mayor parte de la falta de humanidad inherente al Entorno.

Me alivia mucho pensar que está usted volando hacia aquí.

IV

Las oficinas centrales del IIDUE eran amplias y repulsivas. En la época en que habían sido construidas, juntamente con la torre del Entorno Total, el Gobierno hindú no había pedido otra cosa.

Desde una de las ventanas del edificio, Thomas Dixit podía ver el interminable terreno en una dirección, y la gigantesca torre ET en la otra, junto con el pueblo de chozas que había brotado entre el pie de la torre y los otros edificios del IIDUE.

Por un instante, prefirió ignorar al Organizador del Proyecto que se encontraba detrás de él y contemplar las llanuras del delta del Ganges hasta donde le alcanzaba la vista.

Pensó que era un lugar tan bueno como cualquier otro para que el hombre proyectara sus fantasías de poder. Pero había sido estúpido por su parte mezclarse en todo aquello.

Le pagaban, le pagaban muy bien para realizar una tarea específica. Y ahora permitía que unas absurdas ideas humanitarias se interpusieran en su línea de acción. Esencialmente, era un hombre muy vacío. No tenía ningún centro. Padre bengalí, madre inglesa, toda su vida transcurrida en los Estados Unidos. Tenía excusas... Otras personas las aceptaban. ¿Por qué no podía aceptarlas él?

Suspirando, trató de olvidar sus motivos de insatisfacción. Él no pertenecía realmente al Oeste, a pesar de los años que había pasado allí, y desde luego no pertenecía a la India; de hecho, la India le inspiraba una clara aversión. Tal vez el mejor lugar para él era el interior de la torre del Entorno.

Se volvió impacientemente y dijo:

—Estoy dispuesto a emprender la marcha, Peter.

Peter Crawley, Organizador del Proyecto Especial del IIDUE, era un bostoniano más bien austero. Se quitó las gafas con montura de concha y dijo:

—De acuerdo. Aunque hemos hablado de esto muchas veces, Thomas, debo repetírtelo una vez más antes que salgamos de aquí. Todos...

—Sí, sí, lo sé, Peter. No necesitas justificarte. Esta organización puede desaparecer si doy un paso en falso. Lo tengo muy en cuenta.

Sin perder la calma, Crawley dijo:

—Iba a decir que todos estamos preocupados por ti. Sabemos los peligros que vas a correr. Y procuraremos controlar todos tus movimientos.

—Y, a pesar de vuestro control, no podrán mover un solo dedo para ayudarme, en caso necesario.

—No seas injusto. Lo hemos dispuesto todo para poder ayudarte.

—Lo siento, Peter.

Dixit simpatizaba con Crawley y con la honrada reserva de Crawley.

Crawley guardó sus gafas en un estuche de cuero y se puso en pie.

—La ONU, para no mencionar a organismos subsidiarios como la WHO y el Gobierno hindú, no nos pierden de vista, Thomas. Desean clausurar el Entorno. Y lo harán, a menos que puedas aportar pruebas que confirmen que en el interior del Entorno se están desarrollando formas de percepción extrasensorial. No te arriesgues demasiado. El agente que enviamos allí últimamente se comportó de un modo absurdo, y allí se quedó. —Enarcó una ceja y añadió secamente—: Ese tipo de cosas nos dan mala fama, ¿sabes?

—Lo mismo que el asunto de las películas pornográficas...

Crawley unió sus manos detrás de su espalda.

—Mi predecesor aquí decidió que las películas pornográficas proyectadas en el Entorno favorecerían el aumento de la natalidad. Estuviera o no en lo cierto, la opinión del mundo ha cambiado desde entonces, a medida que el espectro del hambre mundial se ha ido desvaneciendo. Dejamos de proyectar las películas hace ocho años, pero mucho me temo que en la ONU tienen una memoria muy persistente. Permiten que los factores emocionales se interpongan en la investigación científica.

—¿No sientes ninguna simpatía por los millares de personas condenadas a vivir sus breves existencias en la torre?

Se miraron el uno al otro, especulativamente.

—Tú ya no estás de parte nuestra, ¿verdad, Thomas? Te gustaría que el resultado de tus investigaciones fuera negativo, y que la ONU clausurara el Entorno, ¿no es cierto?

Dixit se echó a reír.

—No estoy *de parte* de nadie, Peter. Soy neutral. Voy al Entorno en busca de pruebas de ESP que sólo pueden obtenerse a través de un contacto directo. Ninguno de nosotros puede saber qué otras cosas puede poner de relieve ese contacto directo.

—Pero tú crees que serán cosas negativas. Y lo subrayarás en la encuesta que se lleve a cabo después de tu regreso.

—Peter, vamos a dejarlo, ¿quieres?

Por un instante, Dixit vio a Crawley y se vio a sí mismo tal como eran, y se dio cuenta de lo antagónicos que resultaban, incluso en sus actitudes corporales. Él, Dixit, era un poco cargado de hombros, aficionado a gesticular (¿demasiado?); llevaba una túnica muy usada y *shorts*, a fin de pasar inadvertido en el Entorno. Crawley, en cambio, se mantenía siempre muy erguido, era más bien rígido en sus movimientos, apenas gesticulaba al hablar y llevaba un traje impecable.

Y Crawley, además, temía perder su empleo.

—Vamos a dejarlo, como tú dices —convino Peter—. Pero te agradeceré que no olvides que las personas que están en la torre son voluntarias, o descendientes de voluntarias.

»Cuando se fundó el IIDUE, hace un cuarto de siglo, allá por los años setenta, sólo se admitían voluntarios en el Entorno Total. Ingresaron quinientas parejas de recién casados hindúes, todos muy jóvenes. La torre era entonces un refugio, a salvo del hambre y de todas las enfermedades. Todos se alegraron sinceramente de tener acceso a lo que el Entorno proporcionaba y proporciona aún. No podemos olvidar eso.

»En 1975, la India era un lugar muy distinto. Había perdido la esperanza. Una crisis tras otra, cosechas cada vez peores, la gente muriéndose de hambre, y la población en continuo aumento, a un ritmo de un millón de nacimientos por mes.

»Pero hoy, a Dios gracias, el cuadro ha cambiado mucho. Los alimentos sintéticos han resuelto el problema; ya no necesitamos estar pendientes del suelo ni de las condiciones climatológicas. Y, finalmente, hindúes y musulmanes han aceptado la idea del control de la natalidad. Y es *ahora*, cuando la situación se ha estabilizado un poco, que la ONU se atreve a quejarse de la inhumanidad del IIDUE.

Dixit no hizo ningún comentario. Intuía que todo aquello sólo era, en el fondo, un intento de Crawley por justificarse a sus propios ojos. Experimentó lástima e impaciencia, al mismo tiempo, mientras Crawley añadía:

—Nuestro objetivo actual tiene que ser el mismo que al principio. Tenemos pruebas asegurando que los trastornos nerviosos de un tipo especial producen percepciones extrasensoriales: telepatía, etcétera, y tal vez tipos de ESP que desconocemos. Las poblaciones de densidad elevada con niveles de nutrición razonables desarrollan inestabilidades nerviosas particulares que pueden ser afines al espectro ESP.

»El Instituto de Investigaciones de Densidad Ultra-Elevada fue creado para intensificar las posibilidades de desarrollo de la ESP. No olvides eso. Se supone que la gente del Entorno posee alguna ESP; éste es el objetivo de la operación, ¿de acuerdo? Desde luego, no es humanitario. Lo sabemos. Pero eso no es cuenta tuya. Tienes que limitarte a buscar una prueba de la existencia de ESP, algo que no aparezca en nuestros aparatos de vigilancia y detección. Luego, el IIDUE podrá continuar sus tareas.

Dixit se dispuso a marcharse.

—Si no ha aparecido en un cuarto de siglo...

—¡Está allí! ¡Sé que está allí! El fallo se encuentra en el sistema de vigilancia y detección. Lo presiento a través de las pantallas..., intuyo un misterio que tenemos que descubrir. ¡Si pudiera demostrarlo! ¡Si pudiera entrar allí!

—Lástima que tengas la piel blanca, ¿verdad? —dijo Dixit en tono ligero.

Echó a andar hacia la puerta. La abrió y salió al pasillo.

Crawley corrió detrás de él y extendió una mano.

—Sé lo que sientes, Thomas. No soy un hombre sin entrañas, ¿sabes? Y te pido que me disculpes si alguna de mis palabras te ha molestado.

Dixit inclinó la mirada hacia el suelo.

—El que tiene que disculparse soy yo, Peter. Si hay algo anormal en la torre, lo descubriré, no te preocupes.

Se estrecharon la mano, pero no se miraron a los ojos.

V

Al salir del edificio, Dixit se dirigió directamente hacia la imponente torre que albergaba al Entorno Total. Brillaba el sol, y la calzada de hormigón ardía bajo los pies. El sol era la única cosa buena que tenía la India, pensó: aquel sol resplandeciente y cálido, el verdadero gobernante de la India, al margen de los pequeños tiranos que pudieran dominarla temporalmente.

El sol ardía sobre la torre; pero no brillaba dentro de ella.

Los convencionales contornos de la torre aparecían enmascarados por tuberías, conductos y astiles que discurrían de un lado a otro por su parte exterior. Era un edificio construido para ser contemplado desde fuera, no para observar desde su interior. Hacía mucho tiempo, en los años malos, las imágenes del Entorno Total aparecían todas las noches en los televisores de todo el mundo; pero la cosa había ido cambiando a medida que se deterioraban las condiciones en el interior del Entorno, y la opinión pública de las democracias que subvencionaban el grandioso experimento se rebeló contra la explotación de material humano.

Junto a las paredes de la torre se alzaba una estación de control. Desde allí se mantenía una vigilancia continua sobre el interior. Dos guardianes escoltaron a Dixit hasta la base de la torre. Antes de entrar en el ascensor le rociaron generosamente con germicidas, para asegurarse que penetraba en el Entorno sin ser portador de microorganismos peligrosos.

El ascensor le subió hasta el bloque superior; el plan había sido elaborado hacía ya algún tiempo. El ascensor estaba equipado con dobles puertas de acero. Cuando se detuvo, se abrió un circuito y una pantalla le mostró a Dixit lo que estaba ocurriendo al otro lado de las puertas. Salió por una abertura que simulaba ser una instalación de acondicionamiento de aire, detrás de una amplia columna. Se encontraba en los dominios de Patel.

El peso horrible de un hacinamiento humano golpeó a Dixit de lleno con su ruido y su hedor. Se sentó en la base de la columna y dejó que sus sentidos se adaptaran al ambiente. Y pensó que se habían equivocado al enviarle aquí; los sufrimientos de la Humanidad siempre le habían inspirado una gran compasión; no podría ser imparcial; procuraría que aquel terrible experimento se interrumpiera.

Se hallaba en un extremo de un largo balcón al cual se abrían numerosas puertas; una rampa descendía hasta el otro extremo. Todas las puertas estaban abiertas, aunque algunas de ellas aparecían tapadas con alfombras. La mayoría de las puertas

habían sido arrancadas para ser utilizadas como tabiques a lo largo del propio balcón, que albergaba a varias familias. Predominaban los niños, y sus voces y gritos destacaban por encima de todos los otros ruidos. Mirando por encima de la barandilla del balcón, Dixit contempló la espantosa escena de multitudes que hormigueaban, el anonimato de la congestión. Sentir pena por la Humanidad no equivalía a amar su prodigalidad. Dixit había contemplado aquel panorama muchas veces a través del sistema de control y detección; conocía las impresionantes cifras: 1.500 personas al iniciarse el experimento, 75.000 personas ahora, la mayoría de ellas menores de cuatro años. Pero las cifras eran pálidas abstracciones al lado de la realidad que pretendían representar.

Los chiquillos entraron finalmente en acción arrojándole barro y otras porquerías. Dixit avanzó lentamente, procurando imitar a los hombres que le rodeaban, las facciones rígidas, los codos pegados a las costillas. *Mutatis mutandis*, era la actitud inhibida de Crawley. Incluso los niños corrían por entre las piernas de sus mayores en aquella actitud defensiva.

En cuanto hubo abandonado el refugio de su columna se vio envuelto por una corriente de seres parloteantes que se movían con mucha lentitud.

Entre la multitud había vendedores ambulantes, y otros vendedores, desde sus puestos en los balcones, pregonaban su mercancía. Dixit trató de disimular su curiosidad. A través del sistema de control y detección no había podido distinguir claramente las mercancías que se ofrecían a la venta. Aquí estaban los extraños modelos que habían despertado su atención cuando fue nombrado para tomar parte en el proyecto IIDUE. Un hombre de patillas rojizas, que probablemente no tenía más de trece años, pero que aquí era un veterano, andaba pegado a Dixit. Éste se le quedó mirando, asaltado por la súbita sospecha que él le estaba espionando, y el hombre desapareció rápidamente entre la multitud; y, para ocultar su rostro, Dixit se volvió hacia el vendedor más cercano.

Al cabo de unos instantes estaba examinando ávidamente las mercancías, olvidando lo vulnerable de su situación.

Todos los modelos eran sumamente pequeños. Dixit lo atribuyó a la escasez de materiales: equivocadamente, como tuvo ocasión de comprobar más tarde. El modelo de mayor tamaño que exhibía el vendedor no tenía más de cinco centímetros de altura. Estaba confeccionado con una gran diversidad de materiales, con predominio de muchas clases de plásticos. Algunos modelos eran sencillos, en forma de elaborados *tughras* o monogramas; otros, por lo que podía verse de ellos a través de sus intersticios, parecían poseer otra dimensión: todos resultaban sumamente atractivos.

El comerciante apremió a Dixit para que comprara algo. Se refirió a los modelos más elaborados como a «objetos-vitales». Dándose cuenta que uno de ellos atraía de un modo especial a su cliente en potencia, lo levantó delicadamente entre sus dedos y lo sostuvo en alto, un milagro de la artesanía, asombroso, *outré*, proporcionando a Dixit tanta pena como placer.

El comerciante indicó el precio.

Aunque Dixit llevaba bastante dinero encima, sacudió la cabeza.

—Demasiado caro —dijo.

—Vea, jefe, le enseñaré cómo funciona este objeto-vital.

El hombre rebuscó debajo de su sucia túnica y sacó una pequeña caja de plata, perforada. Abriéndola con mucho cuidado, sacó de ella una carcoma viva y la deslizó

por debajo de un intersticio del modelo. El insecto, al agitarse, activó una diminuta rueda; el interior del modelo empezó a girar.

—Este objeto-vital perteneció a un hombre muy religioso, jefe.

En su fascinación, Dixit inquirió:

—¿Todos tienen movimiento?

—No, jefe, sólo los especiales. Este fue un modelo perfecto de Dalcush Bancholi, el mejor de los artesanos del Bloque Tercero, que trabajaba únicamente con materiales de primerísima calidad. Tengo otro todavía mejor, qué funciona con un piojo, si quiere verlo.

Por reflejo, Dixit dijo:

—Tus precios son demasiado elevados.

Se absolvió a sí mismo del argumento esgrimido, deslizándose por entre la multitud, mientras, detrás de él, el comerciante le llamaba a gritos. Otros comerciantes le llamaron, intuyendo el interés que le inspiraban sus mercancías. Vio algunos trabajos muy bellos, todos miniaturizados, y no sólo objetos-vitales, sino también asombrosos relojes con manecillas que señalaban las milésimas de segundo; en algunos casos, la manecilla que marcaba las milésimas de segundo era la de mayor tamaño; en algunos, la manecilla que marcaba la hora no aparecía, o se complementaba con otra manecilla que marcaba el día; y los relojes asumían formas extraordinarias, tetrahedros y otras todavía más complicadas, hasta que su formato se confundía con el de los objetos-vitales.

Dixit pensó que la industria relojera satisface la necesidad humana de ejercitar la habilidad y la exactitud, y al mismo tiempo requiere un mínimo de materiales. Los artesanos del Entorno Total eran los mejores del mundo. Inclinado sobre un curioso reloj que cambiaba de color, intuyó súbitamente la proximidad de un peligro. Mirando por encima de su hombro, vio al individuo de las patillas rojizas que estaba a punto de golpearle. Dixit se ladeó, pero no consiguió eludir el golpe. Alcanzado en un lado del cuello, se tambaleó y cayó al suelo.

VI

Más tarde, Dixit no podía afirmar que había estado completamente inconsciente. Había tenido conciencia de unas manos que le arrastraban, de ser transportado a hombros, del sonido de muchas voces, del nombre «Patel» repetido... Y cuando recobró el pleno uso de sus sentidos, estaba tendido en una angosta habitación, con un guardián que llevaba un sucio turbante apostado junto a la puerta. Lo primero que pensó fue que el cuarto era el camarote de un barco; luego se dio cuenta que, de acuerdo con las normas indias, aquélla era una habitación grande para una sola persona.

Era un prisionero en el Entorno Total.

Se dio cuenta que casi había esperado el golpe; y miró ávidamente a su alrededor en busca del ojo de la cámara que informaría a sus amigos del IIDUE de lo que había sucedido. Pero no pudo localizarlo. La habitación correspondía a la partición en dos de otra de mayor tamaño, y el sistema de control y detección estaba acoplado,

evidentemente, a la otra mitad. Si este hecho era casual o deliberado, no podía saberlo.

El guardián había desaparecido. Desde el otro lado de la puerta llegó el rumor de unos cuchicheos. Luego entró una mujer y cerró la puerta. Andaba con paso cansino y llevaba en la mano una gran taza de cobre llena de agua.

Aunque su rostro estaba arrugado, podía apreciarse que en otros tiempos había sido hermosa y quizá presumida. Ahora, toda su actitud expresaba el fracaso de su vida. ¡Y aquella mujer no podía tener más de dieciocho años! Una de las características más terribles del entorno era que, desde el primer momento, el confinamiento había acelerado los procesos vitales y acortado la vida.

Involuntariamente, Dixit se apartó de la mujer.

Ella casi sonrió.

—No tema, *sir*. Yo soy casi tan prisionera como usted. Le advierto también que sería inútil que creyera que golpeándome a mí podría escapar. Le prometo que detrás de la puerta hay cincuenta personas ávidas por impresionar a Prahlad Patel con la hazaña de haberle capturado a usted cuando trataba de huir.

De modo que estaba en las garras de Patel, pensó Dixit. Y en voz alta, dijo:

—No pienso hacerte el menor daño. Quiero ver a Patel. Si estás cautiva, dime tu nombre y tal vez pueda ayudarte.

Mientras le ofrecía la taza y él bebía, la mujer dijo, tímidamente:

—No me quejo, ya que mi destino podía haber sido mucho peor de lo que es. Por favor, no le hable a Patel de mí, pues podría arrojarme de su lado. Me llamo Malti.

—Tal vez pueda ayudarte, y también a los de tu tribu. Todos ustedes, incluido Patel, están aquí padeciendo una forma de esclavitud, y por eso confío en liberarte.

Entonces vio el temor reflejado en sus ojos.

—¡Es usted un espía del exterior! —susurró Malti—. Pero nosotros no queremos ver invadido nuestro pequeño y miserable mundo. ¡Tienen ustedes tanto...! Déjennos a nosotros lo poco que tenemos.

Y se deslizó a través del umbral de la puerta, dejando a Dixit con una melancólica impresión de sus ojos.

La babel continuaba al otro lado de la puerta. Aunque se sentía aún enfermo, Dixit trató de sobreponerse a su malestar y dejó discurrir sus pensamientos. «Tienen ustedes tanto... Déjennos a nosotros lo poco que tenemos...» Todos sus valores habían sido invertidos. Pobres seres, nunca podrían conocer ni la pequeñez de su propio mundo ni la magnitud del mundo exterior. Este estercolero se había convertido para ellos en todo lo que existía de bello y valioso.

Dos guardianes vinieron en su busca. Podía haberles aplastado la cabeza, uno tras otro, pero se sintió lleno de compasión. Le condujeron a través de una habitación llena de personas excitadas; más allá de sus rostros, la pantalla parpadeaba pálidamente detrás de la reja protectora; Dixit se dio cuenta de lo leve que era la imagen del exterior.

Le llevaron a otra habitación partida en dos. Un par de hombres estaban hablando.

La escena impresionó a Dixit con singular intensidad, y no simplemente porque estuviera en desventaja.

Era una escena extraña. Incluso el idioma que hablaban aquellos hombres, un indostánico degenerado, le resultaba desconocido.

No quedaba duda acerca de cuál de los dos hombres era Patel. El tipo rechoncho y adulator, que se retorció las manos al hablar, no era Patel. Patel era el hombre robusto, de cabellos blancos, con un labio inferior muy grueso y una frente despejada. Dixit le había visto en aquella misma habitación a través del sistema de control y detección. Pero estar cautivo y a la espera de su atención era una experiencia completamente distinta. Dixit trató de analizar la primera impresión que Patel le había producido, pero no consiguió fijarla.

Resultaba difícil aceptar que, de acuerdo con la medida del mundo exterior, Patel no tenía más de diecinueve o veinte años. El tiempo discurría aquí de acuerdo con otros módulos, bajo las presiones psíquicas del Entorno Total. Como jeroglíficos de aquella nueva relatividad, planos detallados del Entorno colgaban de una de las paredes de aquella habitación, en tanto que en las otras podían verse cifras y nombres escritos con tiza. La habitación era el centro nervioso del Bloque Superior.

Dixit sabía algo acerca de Patel por los archivos del IIDUE. Patel había llegado aquí procedente del Bloque Séptimo. A base de engaños y de fuerza, se había convertido en el caudillo del Bloque Superior a una edad muy temprana. Había sorprendido a los observadores del IIDUE absteniéndose de las habituales incursiones a los otros pisos.

Patel estaba diciéndole ahora a su interlocutor:

—¡Cállate! Tratas de obscurecer la verdad con argucias. Ya has oído a los testigos declarando contra ti. Durante tu período de vigilancia en la escalera, te dejaste sobornar por un hombre del Bloque Noveno y le permitiste entrar aquí.

—¡Sólo por un cuarto de hora, *sir* Patel!

—Sé que esas cosas ocurren diariamente, Raital. Pero ese individuo que te sobornó robó el objeto-vital de Narayan Farhad y, a consecuencia de ello, Narayan Farhad murió mientras dormía. Narayan no era más importante que tú, pero me era útil, y por lo tanto debe ser vengado.

—¡Cualquier cosa que ordenes, *sir* Patel!

—¡Cállate, maldito Raital!

Patel observaba a Raital con interés mientras hablaba. Y habló con una voz firme y reflexiva que impresionó a Dixit más que pudieran haberlo hecho los gritos.

—Tú vengarás a Narayan, Raital, porque tú provocaste su muerte. Ahora saldrás de aquí. No serás castigado. Irás a robar el objeto-vital del hombre que te sobornó. Dispones de un día para hacerlo. De otro modo, mis esbirros te encontrarán dondequiera que te ocultes, aunque sea tan abajo como en el Bloque Primero.

—¡Oh, sí, *sir* Patel! Todo el mundo sabe...

Raital casi estaba doblado por la mitad mientras murmuraba palabras de disculpa y de gratitud. Luego dio media vuelta y salió rápidamente de la habitación.

Fuerza, pensó Dixit. Fuerza, y también astucia. Eso era lo que irradiaba Patel. Una elaborada y mordaz sutileza. La frase le complació, como si representara algo real que hubiera detectado en el maquillaje de Patel. Una elaborada y mordaz sutileza.

Evidentemente, Patel se había propuesto que Dixit fuera testigo de aquella demostración de sus métodos.

Patel se alejó, cruzó los brazos sobre el pecho y contempló un espacio en blanco de la pared. Se quedó inmóvil. Los guardianes sujetaban fuertemente a Dixit; sin embargo, la inmovilidad de este último no era tan absoluta como la de Patel.

Este cuadro duró varios minutos. Dixit se encontró a sí mismo perdiendo el rastro del paso del tiempo. La costumbre de Patel de quedarse mirando fijamente la pared era un truco que Dixit había presenciado varias veces por el sistema de control y detección. Aquella costumbre, que no era exclusiva de Patel, pudo haber convencido a Crawley que en la torre imperaban las percepciones extrasensoriales.

Resultaba curioso pensar en Crawley en aquel momento. Aunque Crawley podía estar observando el rostro de Dixit en un monitor, Crawley no era ahora más que una hipótesis.

Malti rompió el hechizo. Entró en la habitación con un paño húmedo sobre una bandeja, y esperó pacientemente a que Patel se diese cuenta de su presencia. Patel se volvió bruscamente y ordenó a los guardianes, con un gesto, que se marcharan. Sin prestar la menor atención a Dixit, se sentó en una silla, dejando que Malti colocara el paño húmedo alrededor de su cuello; el paño estaba delicadamente perfumado.

—La toalla no está bastante fría, Malti, ni bastante húmeda. Si no me atiendes adecuadamente en mi sesión matinal, perderás este agradable empleo.

Se volvió súbitamente hacia Dixit, mirándole fijamente con sus penetrantes ojos, y añadió:

—Bueno, espía, ya sabes que soy el Amo aquí. ¿Te preguntas acaso por qué soporto mujeres viejas como ésta a mi alrededor, pudiendo tener a mi lado a encantadoras jovencitas?

Dixit no dijo nada, y Patel continuó:

—Las jovencitas me recordarían constantemente, por contraste, mi avanzada edad. Pero esta vieja, a la que compré ayer, sólo tiene un año menos que yo y a su lado parezco mucho más joven. Verás, en esta prisión-universo somos dueños de la filosofía; no podemos ser dueños de riquezas materiales como ustedes, en el mundo exterior.

Dixit persistió en su silencio.

El golpe en el estómago le pilló desprevenido. Profirió un grito y cayó al suelo.

—¡Levántate, espía! —dijo Patel.

Se había movido con extraordinaria rapidez. Volvió a sentarse en su silla, dejando que Malti masajeara los músculos de su cuello.

VII

Mientras Dixit se incorporaba trabajosamente, Patel dijo:

—No negarás que eres del exterior...

—No he tratado de negarlo. He venido del exterior para hablar contigo.

—No digas nada hasta que te ordenen hablar. Ustedes, los del exterior, han enviado a varios espías aquí en los últimos meses. ¿Por qué?

Doliéndose aún del golpe, Dixit dijo:

—Deberías darte cuenta que somos amigos tuyos, y no enemigos, y que nuestros hombres son emisarios, y no espías.

—¡Bah! ¡Son ustedes una raza de espías! ¿No se sientan a espiarnos en todas las habitaciones? Su mundo es muy aburrido, ¿verdad? Están tan interesados en nosotros que no pueden pensar en otra cosa. ¡Sigue trabajando, Malti! ¿Sabes lo que les ocurrió a los otros espías que enviaron aquí?

—Murieron —dijo Dixit.

—Exactamente. Murieron. Pero tú has sido el primero que se ha presentado en el bloque de Patel. ¿Qué esperas encontrar aquí, que no sea la muerte?

—Otra muerte agotaría la paciencia de mis superiores, Patel. Tú puedes tener el poder de vida y muerte sobre mí; ellos tienen el mismo poder sobre ti, y sobre todos los de este mundo vuestro. ¿Quieres una demostración?

Poniéndose en pie y desprendiéndose de la toalla, Patel dijo:

—¡Venga esa demostración!

Tenía que hacerlo, pensó Dixit. Mirando a Patel a los ojos, levantó la mano derecha por encima de su cabeza y agitó el dedo pulgar. Rezó para que le estuvieran observando..., y dio gracias al cielo porque en aquella parte de la habitación se encontraba el ojo de la cámara.

Con aire tenso, Patel esperó, balanceándose sobre las puntas de los pies. Detrás de él, Malti esperaba también.

No pasó nada.

Luego, una especie de estremecimiento sacudió al Entorno. Lentamente, se convirtió en audible, como una mezcla de grito y lamento. Su causa se hizo evidente en aquella habitación menos atestada cuando el aire empezó a ser más cálido y pestilente. De modo que la señal de Dixit había llegado a su destino; Crawley no le perdía de vista, y la planta acondicionadora de aire estaba bombeando dióxido de carbono caliente a través del sistema respiratorio.

—¿Te das cuenta? ¡Controlamos incluso el aire que respiran! —dijo Dixit.

Dejó caer su brazo y el aire retornó lentamente a la normalidad, aunque transcurrió al menos una hora antes que el terror amainara en los pasillos.

Patel no dejó traslucir el efecto que le había producido la demostración. Se limitó a decir:

—Ustedes controlan el aire. Muy bien. Pero no controlan la voluntad de desconectarlo permanentemente..., de modo que no controlan el aire, de hecho. ¡Vuestra amenaza es una amenaza hueca, espía! Por algún motivo, nos necesitan para vivir. Nosotros tenemos un misterio, ¿no es cierto?

—No existe ningún motivo que impida que sea absolutamente sincero contigo, Patel. Vuestro entorno especial tiene que haber desarrollado facultades especiales en ustedes. Estamos interesados en esas facultades; simplemente interesados.

Patel se acercó más a Dixit.

—Nosotros somos el centro de vuestro mundo exterior, ¿no es cierto? Sabemos que nos vigilan continuamente. ¡Sabemos que están mucho más que «interesados»! Para ustedes, somos un problema de vida o muerte, ¿no es cierto?

Aquello era más de lo que Dixit había esperado.

—Cuatro generaciones, Patel, cuatro generaciones han sido encarceladas en el Entorno. —Su voz tembló—. Cuatro generaciones y, a pesar de nuestros mejores deseos, están perdiendo contacto con la realidad. Viven en un edificio relativamente pequeño sobre un planeta de enorme tamaño. Es evidente que sólo pueden inspirar al mundo un interés limitado.

—¡Malti! —Patel se volvió hacia la esclava—. ¿Cuál es mayor, el mundo exterior, o el nuestro?

Malti se mostró algo desconcertada, pero terminó por decir:

—El mundo exterior era grande, amo, pero luego nos parió a nosotros, que hemos crecido y estamos adquiriendo más fuerza cada día. El hijo tiene ahora casi el tamaño del padre. Eso es lo que dice el hijo de mi padastro, Jamsu, y es un hombre listo.

Patel miró a Dixit, sin hacer ningún comentario, como si las palabras de una muchacha ignorante bastaran para confirmar su punto de vista.

—Vuestras palabras no hacen más que poner de relieve a mis ojos lo necesitados que están de ayuda, Patel. El mundo exterior es un lugar inmenso y próspero; deben permitir que les ayude por mediación mía. Nosotros no somos enemigos vuestros.

—¿Qué otra cosa son, espía? —estalló Patel—. Vuestra vida es inútil y vil. ¡Nos envidian porque les estamos superando! Podemos ser pobres, de acuerdo con vuestro modo de entender la pobreza, pero gobernamos nuestro propio universo. Y ese universo se está extendiendo y cayendo bajo nuestro control cada día más. Nuestros exploradores han penetrado en el mundo de lo ultrapequeño. Nosotros descubrimos nuevos entornos, nuevos sistemas de vida. Piensan en nosotros como en unos pobres cautivos, ¿eh? Pero ustedes están esclavizados por la necesidad de suministrarnos aire, alimentos y agua; nosotros somos libres. Somos pobres, pero ustedes codician nuestras riquezas. Somos espiados continuamente, pero conservamos nuestros secretos. Ustedes necesitan comprendernos, pero nosotros no necesitamos comprenderles. ¡Están en *nuestro* poder, espía!

—Desde luego que no, en un aspecto vital, Patel. Ustedes y nosotros estamos gobernados por la necesidad histórica. Este Entorno fue establecido hace veinticinco años. Desde entonces se han producido muchos cambios, no sólo aquí, sino también en el exterior. Las naciones del mundo no están dispuestas a continuar financiando este proyecto. No tardarán en suprimirlo, y entonces tendrán que vivir en el exterior. Si no quieres eso, lo mejor será que colabores con nosotros y convezas a los caudillos de los otros bloques para que colaboren.

Patel se limitó a mirar a Dixit con aire inquisitivo.

Tras un largo silencio, dio unas palmadas. Inmediatamente se presentaron dos guardianes.

—Llévense al espía —dijo Patel.

Luego se volvió de espaldas.

Un hombre listo, pensó Dixit. Se sentó en la celda, a solas, y meditó.

Al parecer, se estaba desarrollando una batalla de ingenio entre Patel y él. Bien, estaba preparado. Confiaba en su primera impresión, la que Patel era un hombre de elaborada sutileza. No podía tomarse ninguna de sus palabras al pie de la letra.

Recordando su conversación, Dixit llegó a la conclusión que Patel estaba obsesionado por el mundo exterior y trataba de ocultar aquella obsesión; pero había incurrido en varias contradicciones muy significativas.

Patel había dicho, por ejemplo, que aquellos pobres diablos estaban explorando el mundo de lo ultrapequeño. Su única válvula de escape, probablemente. Eran humanos, y dentro de ellos ardía la inextinguible necesidad humana de abrir nuevas fronteras.

También había dicho que habían descubierto nuevos entornos, nuevos sistemas de vida. Era posible, tal como había anticipado Crawley, que poseyeran algún sistema de ESP más digno de confianza que las fluctuantes radiaciones telepáticas que circulaban en el mundo exterior.

Dixit se sintió con nuevos ánimos, plenamente comprometido. Había mucho que comprender aquí. El sistema de control y detección, excesivamente elaborado, se revelaba como un completo fracaso; los observadores habían permanecido ajenos a su problema; continuaba siendo su problema, no su vida. Era preciso que todo un equipo viniera a vivir aquí, tal vez un equipo en cada bloque, de antropólogos, sociólogos, etc. Dado que esto era imposible, la única solución estribaba en librar de su cautiverio a los habitantes del Entorno. Podían ser instalados en poblados de nueva creación en la llanura del Ganges, bajo el ancho cielo. Y allí, mientras se adaptaban al mundo real, los observadores podían vivir entre ellos, desvelando con espíritu humilde el secreto de las facultades adquiridas a tan alto precio entre los gruesos muros de la torre del Entorno Total.

Mientras Dixit meditaba, un guardián entró en la celda con un plato de comida.

Dixit dio cuenta de él de buena gana. Luego, volvió a sumirse en sus pensamientos.

Por lo poco que había experimentado ya —la angustiada falta de espacio vital, la esclavitud, la arbitrariedad de los pequeños tiranos—, dio por confirmada su opinión respecto a que el experimento, en su forma actual, debía ser interrumpido inmediatamente. La ONU necesitaba el pretexto de su informe desfavorable antes de dar un paso; lo tendría en cuanto saliera de allí. Y si redactaba el informe cuidadosamente, poniendo de relieve que aquella gente tenía algo que ofrecer, podría satisfacer también a Crawley y a los que opinaban como él. En su mano estaba el satisfacer a todas las partes, cuando saliera de allí. Lo único que tenía que hacer era salir.

El guardián volvió a entrar para recoger el plato vacío.

—¿Cuándo volverá a hablar Patel conmigo? —inquirió Dixit.

El guardián dijo:

—Cuando envíe por ti y te reduzca al silencio para siempre.

Dixit dejó de redactar mentalmente su informe para pensar en las palabras del guardián.

VIII

Transcurrió mucho tiempo antes que Dixit fuese visitado de nuevo; esta vez era Malti, que le traía una taza de agua.

—Necesito hablar contigo —dijo Dixit, en tono apremiante.

—¡No, no puedo hablar! Él me pegará. Es la hora en que nosotros dormimos, en que los viejos mueren. Ahora debe usted dormir, y Patel le verá por la mañana.

Dixit trató de tocar su mano, pero ella se apartó.

—Eres una buena chica, Malti. Estás sufriendo al lado de Patel.

—Patel tiene muchas mujeres, muchos criados. No estoy sola.

—¿No puedes volver al lado de tu familia?

La muchacha inclinó la mirada hacia el suelo.

—Si me escapara, mi familia lo pasaría mal. La esclavitud es el destino de muchas mujeres. Es lo normal en el mundo.

—¡No en el mundo del que yo vengo!

Los ojos de Malti llamearon.

—¡Su mundo no nos interesa!

Cuando la muchacha se hubo marchado, Dixit pensó que Malti temía al mundo exterior. Y con razón.

Aquella noche durmió muy poco. Incluso dentro de la fortaleza de Patel, podía oír los ruidos del Entorno: no sólo las voces, casi nunca silenciosas, sino incluso el gorgoteo de las cañerías en las paredes. Por la mañana fue llevado a otra habitación donde Patel estaba dando las órdenes del día a una sucesión de subordinados.

Desde un rincón, Dixit lo observaba todo con interés, que aumentó cuando apareció el desdichado guardián Raital. Éste se adelantó, esperando que Patel le saludara. Pero el saludo de Patel fue un puntapié.

—¿Has hecho lo que te ordené ayer?

Raital rompió a hablar con grandes aspavientos.

—*Sir* Patel, lo he hecho tan bien y mejor de lo que me ordenaste, incurriendo en grandes sufrimientos y siendo golpeado por los granujas del Bloque Noveno que me sorprendieron merodeando por allí. Tienes que invadirlos, *sir*, y darles una lección, para que en su insolencia no vuelvan a mofarse de tus fieles guardianes, los cuales sólo hacen cosas...

—¡Silencio, comeperros! ¿Has traído lo que ayer te pedí que trajeras?

El guardián sacó del bolsillo de su ajada túnica un pequeño objeto que tendió a Patel.

—Desde luego, *sir* Patel. Para poner a salvo este objeto cuando me atraparon aquellos granujas me lo tragué. Me registraron, pero no pudieron encontrar nada y tuvieron que soltarme. Luego, mi mujer me ha dado una medicina y lo he vomitado para entregártelo.

—¡Deja ese asqueroso objeto sobre aquel estante! ¿Crees que voy a tocar lo que ha estado en tu estómago infestado de gusanos, esclavo?

El guardián dejó el objeto en el lugar indicado.

—¿Estás seguro que éste es el objeto-vital del hombre que robó el objeto-vital de Narayan Farhad, y no el de otra persona?

—¡Completamente seguro, *sir* Patel! Pertenece a un hombre llamado Gita, el mismo que robó el objeto-vital de Narayan. Y esta noche harás que muera de visiones-nocturnas...

—¡Fuera de aquí!

Patel consiguió alcanzar las nalgas de Raital con un puntapié antes que el guardián saliera precipitadamente de la habitación.

Una cola de gente esperaba turno para hablar con Patel, para suplicar o pedir consejo. Patel empezó a recibirlos, mostrándose de mejor humor que con el infortunado guardián. Para Dixit, aquella escena tenía un curioso interés; había contemplado la audiencia matinal de Patel más de una vez, sentado al lado de Crawley en la estación de control del IIDUE; ahora era un prisionero esperando incómodamente en el rincón de la habitación, y toda la atmósfera había cambiado. Captó la extraordinaria intensidad de las vidas de aquellas personas, las emociones condensadas. El propio Patel sollozó varias veces mientras desplegaban ante él el relato de alguna penalidad. Allí no había aislamiento de ninguna clase. Todo el mundo le rodeaba, escuchándolo todo. Las vidas podían ser cortas; pero aquellos aniquilantes espacios que se extienden a través de las vidas corrientes, los espacios a través de los cuales se perciben sombras amenazadoras y grandes pobreza, cuando no presencias más amargas y siniestras, parecían haber sido erradicadas aquí. Los habitantes del Entorno Total estaban estrechamente unidos, como abejas en una colmena.

Finalmente, se señaló una tregua. Los que no habían podido hablar con Patel fueron despedidos. Se presentó Malti y aplicó a su amo el tratamiento de la toalla húmeda. Después, Patel la despidió y consumió un frugal almuerzo. Sólo cuando hubo terminado de comer volvió su atención a Dixit.

Le ordenó que tomara el objeto que Raital había dejado sobre un estante. Dixit obedeció y colocó el objeto delante de Patel. Examinándolo con interés, vio que era un pequeño modelo similar a los que vendían en los puestos de los balcones.

—Míralo bien —dijo Patel—. Es el objeto-vital de un hombre. ¿Los tienen ustedes en —gesticuló vagamente— el exterior?

—No.

—¿Sabes lo que son?

—No.

—En este mundo nuestro, señor Dixit, tenemos muchos sacerdotes. Yo tengo un sacerdote bajo mi protección. En el bloque noveno hay un sacerdote muy famoso, Vazifdariji. Esos hombres poseen muchos poderes. Esta noche, le entregaré a mi sacerdote este objeto-vital y por medio de él podrá penetrar en el ser del hombre al cual pertenece, para bien o para mal. En este caso para mal, para vengar una muerte con una muerte.

Dixit contempló fijamente el pequeño objeto, un laberinto tridimensional construido de plata y tiras de plástico, tratando de asimilar lo que Patel estaba diciendo.

—¿Esto es una especie de llave de la mente de su propietario? —inquirió.

—No, no es una llave, y no es de su mente. Es..., bueno, no tenemos ninguna palabra científica para denominarlo, y nuestra palabra no significaría nada para ti, de modo que no puedo decirla. Digamos que es una réplica, un doble del ser humano. No de su mente, sino de su ser. En este caso, de un hombre llamado Gita. Estás muy interesado, ¿verdad?

—¿Todo el mundo posee aquí un objeto de éstos?

—Todos, incluso los más pobres y los más viejos. Un sabio trabaja asociado con un herrero para fabricar cada objeto-vital individual.

—Pero el objeto puede ser robado, y un sacerdote malintencionado puede utilizarlo para matar a su propietario. ¿Por qué los llevan? No lo entiendo.

Sonriendo, Patel hizo un gesto de impaciencia.

—Cuando tú descubres algo de ti mismo, lo archivas en tu recuerdo. Eso son los objetos-vitales para un hombre: un archivo de su descubrimiento de sí mismo.

Dixit sacudió la cabeza.

—Si son tan personales, ¿por qué los venden los buhoneros por las calles como baratijas?

—Los hombres mueren. Y entonces sus objetos-vitales no tienen ningún valor, excepto como baratijas. También se cree que mejoran el..., bueno, el valor de la personalidad. Existen asimismo un gran número de chucherías que la gente compra porque le gusta tenerlas, como simples adornos.

Tras un breve silencio, Dixit dijo:

—De modo que son cosas inofensivas..., pero tú las tomas y las utilizas para fines malignos.

—Las utilizo para mantener un equilibrio de poder. Un hombre mío llamado Narayan fue silenciado por Gita, del Bloque Noveno. No importa el motivo. Esta noche yo silenciaré a Gita para mantener el equilibrio.

Se interrumpió y miró fijamente a Dixit, abriendo una de sus manos.

—En la palma de mi mano está la muerte —continuó—. Esta noche te silenciaré también a ti, utilizando métodos más... vulgares.

Dixit dijo:

—Me hablas de los objetos-vitales, y pretendes que vas a matarme...

Patel señaló un rincón de la habitación.

—Ahí hay ojos y oídos, mientras tus amigos espías chupan ávidamente los hechos de este mundo. Por mucho que les dijera, nunca podría hacerles comprender nuestra vida. Las cosas importantes no pueden decirse, no pueden aprenderse. Pero esta noche podrán verte morir, y eso lo entenderán. Tal vez entonces dejen de enviar espías aquí.

Dio unas palmadas, e inmediatamente se presentaron dos guardianes, los cuales se llevaron a Dixit. Mientras regresaba a su celda, oyó que Patel llamaba a Malti.

Las horas transcurrieron lentamente. Ni la ONU ni el IIDUE le rescatarían; la carta del Entorno sólo permitía la intervención de un agente del exterior cada vez.

Trató de pensar en los objetos-vitales. Presumiblemente, Crawley había oído la última conversación y sabría que los sacerdotes del Entorno poseían el poder de matar a distancia. Allí estaba la evidencia de una ESP que Crawley buscaba: el «telecidio», o como quisiera llamársele. Y el conocimiento no ayudaba a nadie, como el propio Patel había observado. Desde hacía mucho tiempo se sabía que los brujos africanos poseían una facultad similar, la de hechizar a una persona y matarla a distancia; pero nunca se había establecido cómo lo hacían; en realidad, el hecho no había sido asimilado por el Oeste, a pesar de la avidez que siempre había demostrado el Occidente por descubrir nuevos sistemas de matar. Había cosas que una civilización no podía aprender de otra. El asunto de los objetos-vitales sería una de ellas: absolutamente fascinante, absolutamente insoluble.

Dixit paseó incansablemente de un lado a otro de la habitación. No le habían traído comida, lo cual resultaba ominoso.

Un poco más tarde, la puerta se abrió.

Era Malti. Se llevó un dedo a los labios para recomendarle silencio y cerró la puerta detrás de ella.

—¿Ha llegado el momento? —preguntó Dixit.

Malti se acercó rápidamente a él, sin tocarle, mirándole fijamente.

Aunque era una mujer fea y abatida, había belleza en sus ojos.

—Puedo ayudarle a escapar, Dixit. Patel está durmiendo, y he hecho un trato con los guardianes. Le llevarán a mi propio bloque, y una vez allí tal vez consiga regresar al mundo exterior, que es el que le corresponde. Pero tenemos que darnos prisa. ¿Está preparado?

—Patel te matará cuando descubra mi fuga.

Malti se encogió de hombros.

—Tal vez no. Creo que le gusto un poco. Prahlad Patel no es inhumano, al margen de lo que usted opine de él.

—¿No? Sin embargo, planea matar a otra persona esta misma noche... Ha adquirido el objeto-vital de un pobre hombre y hará que su sacerdote le mate con visiones nocturnas.

Malti dijo:

—La gente tiene que morir. Usted va a estar de suerte. No morirá, al menos no esta noche.

—Si eres tan fatalista, ¿por qué me ayudas?

Vio un destello de desafío en los ojos de Malti.

—Porque debe usted transmitir un mensaje mío al mundo exterior.

—¿Al mundo exterior? ¿A quién, concretamente?

—A todos los que envían espías aquí y quieren aniquilar este mundo. Dígales que nos dejen construir nuestro propio mundo en paz. ¡Que nos olviden! Éste es mi

mensaje. Transmítalo con todas sus fuerzas. ¡Éste es nuestro mundo, y ustedes no tienen nada que ver con él!

Su vehemencia, su ignorancia, redujeron a Dixit al silencio. Malti le sacó de la habitación. Al otro lado de la puerta había varios guardianes. Se quedaron quietos, con los ojos cerrados, y Malti se deslizó entre ellos llevando a Dixit de la mano.

Al llegar al rellano de la escalera que conducía al Bloque Noveno, Malti le soltó y dio media vuelta. Dixit la agarró por la muñeca.

—Tengo que regresar —dijo Malti—. Esta escalera le conducirá al Bloque Noveno. No se preocupe, los guardianes están advertidos y le dejarán pasar.

—Malti, debo tratar de ayudar al hombre que va a morir. ¿Conoces por casualidad a alguien que se llama Gita?

Malti se sobresaltó y se pegó a Dixit.

—¿Gita?

—Gita, del Bloque Noveno. Patel tiene el objeto-vital de Gita, y esta noche morirá.

—Gita es mi padrastro, el tercer marido de mi madre. ¡Un hombre bueno! ¡Oh, no debe morir, por el amor de mi madre!

—Morirá esta noche. Malti, puedo ayudarles a ti y a Gita. Comprendo tus sentimientos en lo que respecta al mundo exterior, pero estás equivocada. ¡Serías libre hasta un punto que no eres capaz de imaginar! Llévame al lado de Gita, y nos marcharemos los tres.

El rostro de Malti reflejó lo encontrado de sus emociones.

—¿Está seguro que Gita va a morir?

—Acompáñame a su lado, y comprueba si ha desaparecido su objeto-vital.

Sin esperar a que Malti tomara una decisión —en realidad, ella parecía dispuesta a regresar junto a Patel—, Dixit tiró de la muchacha y la obligó a seguirle.

Alcanzaron el rellano del Bloque Noveno sin novedad. Dixit no cesaba de volver la cabeza para comprobar si alguien les seguía; le parecía imposible que su fuga resultara tan fácil.

Pero los guardianes, al verles, cerraban los ojos.

—Tengo que volver al lado de Patel —susurró Malti.

—¿Por qué? Sabes que te matará —dijo Dixit—. Hay docenas de testigos que han visto que me acompañas...; no creerás que Patel no descubrirá lo que estás haciendo. Procuremos llegar junto a Gita lo antes posible.

En el Bloque Noveno el ruido y la confusión eran mucho mayores que en el piso superior; era evidente que se trataba de un bloque sin un caudillo fuerte.

Dixit había contemplado aquel cuadro más de una vez, cómodamente sentado en la estación de control y detección del IIDUE, sin que el espectáculo le impresionara demasiado. Había que encontrarse en medio de él para obtener una impresión «directa». Entonces se captaba también el aroma del Entorno. Era sumamente acre.

Mientras avanzaban lentamente entre los cuerpos derrumbados por la fatiga, Dixit vio un cadáver que ardía sobre un montón de leña. Era el cadáver de un niño. El humo que desprendía era absorbido por un respiradero de la pared. Una madre estaba sentada en cuclillas junto al cadáver, cubriéndose el rostro con una mano esquelética. «Es la hora en que mueren los viejos», había dicho Malti, refiriéndose a la noche anterior; y el joven tuvo que contestar a aquella misma llamada.

Este era el modo hindú de enfrentarse con la inhumanidad del Entorno: con su sempiterna aceptación del sufrimiento. De haber sido encerrada aquí alguna raza blanca, el asunto habría terminado con una matanza general. Dixit, un mestizo, no se permitiría a sí mismo juzgar cuál de las dos respuestas era más digna de respeto.

Malti mantenía la mirada fija en el suelo de hormigón mientras cruzaban por delante del cadáver. Finalmente, después de muchas vueltas y revueltas por innumerables pasillos, se detuvo delante de una puerta semidestrozada. Malti la empujó, después de dirigir una mirada de advertencia a Dixit, y entró a reunirse con su familia. Su madre, que no dormía —aprovechaba aquellas horas nocturnas para lavar la ropa de la familia—, profirió un grito y cayó en los brazos de Malti. Hermanos, hermanas, hermanastros, hermanastras, primos y sobrinos se despertaron, berreando. Dixit fue completamente olvidado. Permaneció de pie en el pasillo, esperando nerviosamente.

Transcurrieron muchos minutos antes que Malti saliera y le hiciera pasar al interior del atestado cuarto. Le presentó a Shamim, su madre, la cual se inclinó ante él y desapareció rápidamente, y a su padrastro, Gita.

El hombre apartó a todo el mundo de un rincón del cuarto y llevó a Dixit hasta allí, ofreciéndole después cortésmente una copa de vino. Mientras lo bebía a pequeños sorbos, Dixit dijo:

—Si tu hijastra te ha explicado la situación, Gita, me gustaría sacarles a Malti y a ti de aquí, porque de otro modo vuestras vidas correrán un inmediato peligro. Puedo garantizarte que en el exterior serán tratados muy cordialmente.

En tono digno, Gita dijo:

—Mi hijastra me ha explicado todo este desagradable asunto. Ha sido usted muy amable al tomarse tantas molestias, pero no podemos ayudarle.

—Malti me ha ayudado ya. Ahora me toca a mí ayudarles a ustedes. Quiero sacarles de aquí y llevarlos a un lugar seguro. Los dos están bajo la amenaza de una muerte inminente. No necesito decirte que Prahlad Patel es un hombre implacable.

—Implacable y cruel, cierto —asintió Gita—. Pero no podemos marcharnos de aquí. Todos estos pequeños dependen de mí. ¿Quién velaría por ellos si yo les abandonara?

—Pero sus horas están contadas...

—Aunque sólo disponga de un minuto antes de morir, no puedo abandonar a los que dependen de mí.

Dixit se volvió hacia Malti.

—Malti, tú tienes menos responsabilidad. Patel se vengará de ti. Ven conmigo y ponte a salvo.

Malti sacudió la cabeza.

—Si me marchara, enfermaría de pesar por lo que ocurriera aquí, y moriría de todos modos.

Dixit miró a su alrededor, desesperado. La ciega interdependencia de aquella gente le había derrotado..., o casi derrotado. Todavía le quedaba una carta por jugar.

—Cuando salga de aquí, tengo que informar a mis superiores. Son las personas que..., las personas que ordenan todo lo que sucede aquí. Son como dioses para ustedes, les suministran la luz, la comida, el aire, y poseen un poder de vida y muerte sobre cada uno de ustedes y en todos los bloques. Quizá por eso apenas pueden creer en ellos. Ahora, casi se han dado cuenta que el Entorno total es un error, un crimen contra vuestra humanidad. Debo llevarles mi veredicto. Y mi veredicto, puedo decírselos ya, es que las vidas de todos los que están aquí son tan valiosas como las vidas de los que se encuentran más allá de estas paredes. El experimento tiene que ser interrumpido; todos ustedes deben recobrar la libertad.

»Es posible que no comprendan del todo lo que quiero decir, pero tal vez las pantallas les han ayudado a captar algo. Serán bien tratados y rehabilitados. Todo el mundo saldrá de los bloques muy pronto. De modo que ustedes pueden venir conmigo y salvar sus vidas; y luego, quizá dentro de una semana, se reunirán con toda vuestra familia. Entonces, Patel no tendrá ningún poder. Pienselo con calma, por el bien de los que dependen de ustedes, y vengan conmigo a la vida y a la libertad.

Malti y Gita se miraron ansiosamente el uno al otro y empezaron a conferenciar en voz baja. Shamim se unió al conciliábulo, y Jamsu, y la coja Shirin, y más y más miembros de la tribu. Dixit esperó, impaciente.

Finalmente, se hizo el silencio. Gita dijo:

—*Sir*, sus intenciones son buenas, evidentemente. Pero ha olvidado que Malti le encargó que transmitiera un mensaje al exterior. El mensaje consistía en decirle a esas personas que se marchen y que nos dejen construir nuestro propio mundo. Quizá no comprenda usted un mensaje semejante y por eso no puede transmitirlo. En consecuencia, le daré mi mensaje, y usted puede transmitirlo a sus superiores.

Dixit inclinó la cabeza.

—Diga a sus superiores y a todos los del exterior que insisten en vigilarnos y en mezclarse en nuestros asuntos que nosotros estamos modelando nuestras propias vidas. Sabemos lo que va a ocurrir, y los numerosos problemas que va a plantearnos el exceso de población. Pero tenemos fe en nuestra próxima generación. Creemos que ellos poseerán facultades que nosotros no tenemos, del mismo modo que nosotros poseemos facultades que nuestros padres no tenían.

»Sabemos que ustedes continuarán enviándonos comida y aire, porque eso es algo a lo que no pueden escapar. También sabemos que en su fuero íntimo ustedes desearían ver como todos nosotros nos debilitamos y morimos. Quieren sacarnos de aquí, para comprobar lo que sucederá cuando salgamos. Ustedes no sienten amor por nosotros. Sienten temor, curiosidad y odio. No saldremos de aquí. Estamos construyendo un mundo nuevo, mejorando todas nuestras facultades. Si nos sacaran de aquí moriríamos todos. Vaya a decir eso a sus superiores y a todos los que nos espían. Por favor, déjenos nuestras propias vidas, sobre las cuales tenemos derecho.

Dixit no encontró ninguna respuesta a aquellas palabras. Miró a Malti, pero pudo ver que su actitud era obstinada y que nada le haría cambiar de opinión. Esto era lo que el IIDUE había engendrado: una absoluta falta de comprensión. Dixit dio media vuelta y salió del cuarto.

Tenía su llave; conocía el lugar secreto de cada bloque por el cual podía llegar a los montacargas de escape. Mientras avanzaba a través de la multitud, apenas podía ver su camino, cegado por las lágrimas.

X

Dixit presentó su informe a un comité de seis miembros de la administración del IIDUE, incluido el Organizador del Proyecto Especial, Peter Crawley. A la reunión asistían dos observadores: una dama en representación del Gobierno de la India, y el Senador Jacob Byrnes, representando a las Naciones Unidas.

Dixit entregó su informe sobre lo que había descubierto, y añadió una recomendación en el sentido que debía construirse inmediatamente un poblado de rehabilitación y clausurar el Entorno.

Crawley se puso en pie y permaneció rígido mientras decía:

—De acuerdo con tus propias palabras, admites que esa gente del Entorno se aferra desesperadamente a lo que tiene. Por terrible, por miserable que a ti te parezca. Están aclimatados a lo que tienen. Han vuelto sus espaldas al mundo exterior y no *quieren* salir.

Dixit dijo:

—Nosotros les rehabilitaremos, les reeducaremos, les instalaremos en un lugar en el que puedan ser conservados los complicados módulos familiares a que están acostumbrados, hasta que les ayudemos a volver a la normalidad.

—Pero, por lo que has dicho, el enfrentarse con el mundo exterior constituirá para ellos un *shock* paralizante.

—No, si Patel está al frente de ellos.

Se oyeron murmullos de desaprobación; era evidente que los miembros del comité opinaban que la afirmación resultaba absurda. Crawley hizo un gesto de impotencia, como si el de Dixit fuese un caso perdido, y volvió a sentarse, diciendo:

—Patel es el tipo de tirano que provoca la miseria en el Entorno.

—Lo único que necesitarán cuando recobren la libertad será un caudillo fuerte al cual conozcan. Caballeros, Patel es nuestra mejor carta. Puedo asegurar que ya está orientado hacia el exterior.

—¿Qué significa eso, exactamente? —preguntó uno de los miembros del comité.

—Significa que Patel es un hombre listo. Opino que él mismo decidió que Malti me ayudara a escapar de su celda. Nunca tuvo la intención de matarme; su amenaza fue un simple *bluff*, para que reaccionara de acuerdo con sus deseos. La insignificante Malti no es una mujer capaz de actuar por su propia iniciativa. Lo que Patel no podía prever era que yo le mencionaría a Malti el nombre de Gita, y que Gita estaba emparentado con ella. Pero, debido al fatalismo de la mujer, el plan de Patel no fracasó.

—¿Por qué quería Patel que escapara usted?

—Aunque trató de ocultarlo, en todo lo que hizo y dijo había una ardiente curiosidad acerca del exterior. Exhibió facetas de su cultura para comprobar mis reacciones: espiando mi aprobación o desaprobación, supongo, como un chiquillo. Nunca trató de atacar a otros bloques, el deporte favorito de los tiranos del Entorno. Su atención está concentrada en nosotros.

»Patel es lo bastante inteligente como para saber que poseemos verdadero poder. Nunca ha perdido la noción de la realidad, al contrario de sus esbirros. De modo que *él quiere salir*.

»Calculó que si yo me presentaba ante ustedes creyendo que había escapado de la muerte, haría lo imposible para convencerles que el Entorno Total debía ser clausurado inmediatamente.

—Que es lo que estás haciendo —dijo Crawley.

—Que es lo que estoy haciendo. No por los motivos de Patel, sino por motivos humanos. Y también por motivos utilitarios..., lo cual puede tener más interés para ustedes. Caballeros, estaban ustedes en lo cierto. En el Entorno existen disciplinas mentales que el mundo podría utilizar, de las cuales quizá la menos atractiva sea el telecidio. El IIDUE ha costado al público miles de millones de dólares. Tenemos que resarcirnos por medio de esos avances. Y sólo podremos utilizarlos estudiándolos en una atmósfera que no esté enturbiada por el odio ni por la envidia: en otras palabras, abriendo esa torre negra.

La reunión tocó a su fin. Desde luego, el comité no tomaría una decisión hasta que transcurrieran un par de días.

El Senador Byrnes se acercó a Dixit.

—Gracias, Thomas, en nombre de la Humanidad y en nombre también de la historia. El mundo está saliendo de un período desagradable, y esa torre negra, como tú la llamas, es un símbolo de los malos tiempos y como tal debe desaparecer.

Caminaron juntos hasta la ventana de la sala de conferencias y tendieron la mirada hacia la enorme mole del edificio del Entorno.

—Es algo más que un símbolo —murmuró Dixit—. Está tan llena de sufrimientos y de esperanzas como nuestro propio mundo. Pero es un monstruo construido por el hombre. Debe desaparecer.

Byrnes asintió.

—No te preocupes. Desaparecerá. Estoy completamente seguro que el proceso histórico, esa fuerza ciega y revolucionaria, ha decidido ya que la época del IIDUE ha terminado. No te muevas de aquí. Dentro de unas semanas podrás ayudar a la rehabilitación de la familia de Malti. Y, ahora, voy a poner mi granito de arena, que será el del organismo al cual represento; voy a hablar con el presidente de ese comité.

Palmeó la espalda de Dixit y se alejó.

Dixit contempló de nuevo la torre. Sabía que dentro de ella ardían las luces y que unos pies incansables recorrían el único mundo que conocían. Aquella noche nacerían otros niños, y unos hombres morirían de vejez o de visiones nocturnas...

En el exterior, la lluvia monzónica empezó a caer sobre el inmenso paisaje de la India.

F I N

Título Original: Total Environment. © 1968.

Traducción de José María Aroca.